

PUBLICACIONES *Cinema*

HEINRICH GEORGE
HEINZ VON CLEVE
VIKTORIA VON BALLASKO

50
CENTIMOS



en

Baile *en el* Metropol

Baile en el Metropol

Basada en la película del mismo nombre

Interpretada por

Heinrich George

Heinz von Cleve

Viktoria von Ballasko

Dirigida por

FRANK WYSLEAR



· PELÍCULA DISTRIBUIDA

· POR

HISPANO-ITALO-ALEMAN-FILMS

BAILE EN EL METROPOL

Corre la primera década del siglo XX, aquella en que las damas peinaban bolambos de pelo grasiento y cubrían sus torturadas intimidades con los recollidos del mirriague, y los caballeros tenían a honor presentarse con bigotes monumentales encomados con savia romántica.

Año de 1910, en fin.

Por uno de las magníficas carreteras que cruzan la campiña de los alrededores de la capital del Imperio alemán, avanza un carruaje con dos viajeros.

Uno es anciano y obeso, fuerte todavía, con cara enorme de león, cruzada por bigotes descomunales. Es Karl Rudolf von Walsten, honroso vástago de la noble e histórica familia de los Camarlengo.

El que le acompaña es su sobrino, Edehard von Walsten, es joven y esbusto y su rostro no tiene, como el de su tío, ni la sombra de unos bigotes ni la que esperece la reflexión experimentada de los años, por el contrario es limpio y lleno de vida y alegría. Avanzándonos en el sendero de sus sentimientos podemos adelantar concretamente, que, cuando de faltas se trata, es hombre ruidido y capaz de las más perdidas locuras.

Sigue la carrera diplomática por mandato indeclinable de su tío, firme sostén de las tradiciones familiares, una de las preferidas por los Camarlengo y en la que más se distinguieron y cosecharon honra y laureles.

No es por demás pensar que, con toda su frívola dehi-

edad hacia el bello sexo, que ha despendido hasta ahora con aparente superficialidad. Eberhard tiene una alma proclive a las más nobles y hondas emociones y siente albergar en su corazón el anhelo de tener un hogar, que, al tiempo que repa, resplanda con vida. La cabecita en su pecho amante, pueda prometerle fidelidad y un hogar feliz.

En cuanto a von Karl o el tío Carlos como le vamos a llamar, Sr. de Alalay, según hemos expresado, del honor y tradiciones familiares, no ha querido sumerirse en su libre vida a la disciplina hereditaria del linaje para respetar el raro nombre que lleva. Haciendo a la sazón un hogar sin haber constituido un hogar ni creado un descendiente. Amén que, no obstante, su rebeldía constituye a sus sobrinos el derecho de apropiarse su cariño especialmente a su sobrino Eberhard, pero el que reserva todo el contenido sentimental de su virgen paternidad.

Exhausto es decir que se encuentra leyendo los sesenta años sin haber alcanzado en sus convicciones y más firme que en sus mozos años, si cabe, se declarase empujándose alzóse.

Su rostro expresa toda la felicidad que le produce la vejez de su sobrino que acaba de llegar a Berlín procedente de la Universidad.

—¿Qué te parece este paisaje?

—¡Espléndido, tío!

—¿Te sientas bien a mi lado? — inquirió el anciano aristócrata inclinándose con satisfecha sonrisa hacia su sobrino para gozar con delicia de la satisfacción que presentaba.

—¿Debe decirlo, tío?

—¿Qué has dejado allí alguna muñeca preciosa que te daría una escena más agradable que la mía.

—¡Bah, tío... no! ¡Todavía no planté estas jardines con tanta convicción!

—Te conozco; no puedes negarme que eres un tarabara de ley. Claro que no te lo echo en cara como un reproche... haces bien en darte actividad al corazón ahora, porque después ya, por mucho que hagas y embalsames, será inútil, se te marchitará. Con todo, es preciso saber sortear las circunstancias con elegancia y no perder de vista la bitácora que señala el rumbo.

—¡Naturalmente! — exclama Eberhard celebrando con placer las juergas preventivas de su tío.

—Porque, bien sabes que el más ligero traspiés sería bastante para dar al traste con tu carrera y no debes olvidar que estoy esperando con verdadera impaciencia el día en que veas el fin de apromático como lo hicieron tus ascendientes.

—No temas, tío... ¡Ah! y a propósito, ¿qué se ha hecho de Margarit?

Se ha casado con Siegmund, un hombre de merito excepcional que ha sabido conquistarse tal nombramiento de primer Consejero del Gobierno.

Indicaciones en el terreno de las grandezas de la corte alemana, se y sobada luego a su futura mansión.

Al mismo tiempo que Siegmund tiene posesión de un patrimonio que se le ha otorgado en un pueblo, por una de las muchas ventajas de estas cosas, con un sueldo bastante alto, como es el caso de von Alalay, se casó.

Acabamos de mencionar antes a un sobrino y a una prima: son von Siegmund, primer Consejero del Gobierno alemán, y la hermosa Margarit, su esposa.

Siegmund es un tipo alto, severo, extraordinariamente rigido y reservado, hombre digno del más alto empleo varuniano y fiel.

De esposa casada y como casada que cruzó muy de tarde en tarde alguna sonrisa alegre y apagada, tiene un concepto severísimo del deber y de la disciplina. Es muy apreciada por sus superiores, que le distinguen con presencias y rápidos ascensos.

Una particularidad distintiva de su carácter es la de que es extraordinariamente celoso, aún a su esposa, como decíamos para que, dada alguna singularidad interna y externa, pueda a la descomulgada conyugal, Margarit pueda vivir en estos mundos y frentes disputas.

Margarit es joven, seductoramente bella y elegante. Aún, a su vez, con toda su alma a su marido, es una mujer en su conciencia ni más que de un corazón a pesar de verse obligada a soportar la obra imperfección de sus cosas.

Es una virtud y con ella vive y sostiene estab-
camente el hogar.

¿Es completamente feliz?

La felicidad no se alcanza estrictamente por la captitud de ternuras con que quien nos ama nos envuelve; la felicidad es una suma de amor, de respeto, de confianza, de fuerzas y atenciones; si falta alguno de estos factores, aparecen manchas en el corazón, que, como las del sol, no aunque no lo eclipsan, dejan de recrearlo y empañar su bello deslumbramiento.

Margarita, pues, tiene ondas y lagos turbias en el corazón, que, sin que apaguen el amor hacia su esposo, le impiden poder irradiarlo pronto como en su cuna. Pero ante el universo con la más alta dignidad de una dama consciente de su situación.

Nuestro joven matrimonio se dirige al salón de modas más elegante de Berlín.

—¡Quiero un vestido que deslumbré! — exclama Margarita.

—Ya sabes que no puedo negar nada a tu belleza, Margarita — continúa Steindorff, suspirando y mirando ante la hermosura de su esposa, en este instante en que la tiene a caballo de una mano que no sea la propia.

Al hacer su entrada en el establecimiento salen sus recibidos con tal vertiginosa de aplausos y decolaje por la dependencia, que es peor observar adivina que se trata de señoras de superior calidad y amabilidad encantada.

Entre las jóvenes empleadas resalta, no sólo por su mesurada y sencilla, de castita de elegante distinción, sino por el trato que dispensa a los clientes y por la justicia que le otorga el director del establecimiento para obtener una multitud de unos veinte mil llamadas Seils.

Siempre se ve que los clientes se tocan, porque halla en ella su simpatía y la línea que rara seductoramente el encanto de las gráficas y supergráficas dadas espendorosas de bellas que se hallan en estas fragancias y vistas riquísimas tales.

Y es esta muchacha la que, como de costumbre, hace los honores de la casa y ofrece a la bella Margarita las últimas creaciones en abrigo de noche.

La aristocrática dama escoge un precioso modelo de superior calidad.

—¡Ojalá la admiración de mis amigas! — susurra a oídos de su esposo, que aprueba, satisfecho.

De vuelta a su casa, Steindorff sufre uno de sus bruscos ataques de crisis. Como tiene conciencia de su defecto y no deja de ver que sus frecuentes ausencias han de producir un futuro vacío en el alma de su esposa, vive constantemente atormentado por todas las dudas de un matrimonio.

Estas agudas crisis de celos acostumbran a ausentarse cada vez que sus deberes diplomáticos le obligan a ausentarse de su casa.

—¡Margarita! — irrumpe, ahogado por la pasión y mirando a su esposa con ojos febriles. — Me gusta verla feliz con sus ropas, pero estoy observando que frecuentes demuestran estos celos en que la sociedad selecta se reúne para criticar e injuriar a sus amadas. "Ataches" y juveniles ambiciosos sin talento y sucesos de aventura, no creo puedan, ni desear, producirlo como.

—¡No te comprendo Steindorff, pero estoy convencida de que te torturas inutilmente!

—Una dama debe cuidar con toda clase de precauciones sus actos cuando tiene el marido ausente. Me sé bien de qué se llenan estas veladas que no tienen nada de diplomáticas y si mucho de sorriamente combativas; y yo no quisiera verme, ni ser víctima, de una maraca insidiosa de pasión, ay.

—Eres insuperable, Steindorff; continuaré frecuentando estas veladas para convencerte de qué sé lo que valgo y debo hacer.

—Mientras tanto, Margarita; no sé cuántos días durará mi ausencia. Inisto en decirte que mi tranquilidad no está completa si no te encuentras en casa viviendo únicamente de mi recuerdo.

—Si seguían nos estuviese escuchando, podría fácilmente suponer que soy, además de frívola, equívoca de conducta. Comprende que puedo sentirme herida en mi dignidad por sus palabras, aún queriéndote mucho — arguye Margarita con voz dolorida. — Mientras hay recepción en la Embajada inglesa y no creo que cometa ninguna falta de

respeto a tu recuerdo y a la ilusión de verte y al dolor de tenerte lejos al lado a ella.

— ¡Lamento que con el tiempo que llevamos de casados no hayas logrado todavía ser tal ilustre como una señorita... — termina, seriamente, absteniéndose.

Nos encontramos en los fastuosos salones de la Embajada Inglesa.

Es de noche y bajo las preciosas lámparas de cristal luce la más selecta de la aristocracia británica.

Los grandes personajes de la diplomacia internacional constituyen el elemento masculino, y es también se forma con la belleza en flor y tapicerías de sus mejores amigos de la capital del imperio germánico.

Van llegando nuevas invitadas y las antiguas empujadas adelante se encuentran con amigos animados y ruidosos.

Al pie de la puerta del gran salón hay un grupo de caballeros irreprochables que ensamanan, sonrisas y gentileza, a una damita hermosa y solitaria que acaba de llegar.

— A sus pies, señorita condesa de Kirest — se postra, rendido, un cincuentón que ahora aquellos años en que su esposa alguna vez le pedía ayuda a este caballerosismo irse en esperanzas de un célico hijo.

— El encanto de sus señoras es lo único que nos ha hecho aquí — afirma, sonriendo, otro maduro valón de los cincuentos.

— Estamos seguros de que no fallaría — añade un tercero, ya joven y apuesto.

— Siempre que piensen así, organizarse de estas reuniones, harán en lo cierto — replica la bella joven entre risas cantoras.

— ¿Tanto la belleza nuestra compaña?

— ¡Inmortalmente!

— Y, sin embargo, cuando se trata de elegir el ambiente de las fiestas palatinas cuando se encuentra en la proximidad de estos salones?

— ¡Oh, no; esto es mucho más agradable! Yo voto por



Al fondo del salón, que alumbran caprichosas y preciosas lámparas de cristal ...



Apenas la baronesa ve a la simpática y sencilla dependiente...

la modernidad. ¡Los bules en la corte son demasiado empalagosos!

Y acompañando la frase con un ademán volvió la elegante condesa sola a sus galanteadores para sumergirse en el esplendor de los salones.

Eva Kresset cuenta veintidós años. Nadie se atrevería a llamarle los seductores oportunos de su edad, que, aunque resutados indelentiblemente por una existencia sencilla y una posición considerable de ciencia y artes, no dejan de ser deliciosos y numerosos.

Como muchacha se oír de sus propios labios, admira la modernidad y se recrea practicándola. No es un regalo de talento, pero tiene un carácter vivaz y luminoso que no deja de proporcionarle simpatía sin que por ello llegue a ser una singularidad.

Es muy trivial y poco apta, si aventuramos la atracción, muy poderosa de su fortuna, para decirle a cualquier varón seriamente dispuesto a concluir un hogar un poco inteligente a llevarle a las sagradas gradas del altar con el uso de las nubes.

Como es natural y modernísimo en donde tan desocupada practica el deporte con solitudes y glorias, destacándose notablemente en el tenis.

Eta deporte es, dichosamente de una vez, lo que el tío Carlos aspira por unida perpetuamente con su sobriño Eberhard.

A esta velada selecta no debe faltar, como en ninguna del mismo rango, nuestro hombre, quien llega poco después de la condesa Kresset.

Como era de generosa simpatía y numerosos amiguitos, y tiene cimentada justa fama de cortés y algo docto caballero, lleva saludos y apretones de manos a su paso, brindándole materialmente avanzas.

De pronto el Carlos muestra impaciencia por deshacerse de sus elusivos interceptores y todo el tiempo que aún se ve precisado a corresponder sus cálidas manifestaciones, no logra quitar la vista independiente de una de las butacas del fondo del salón, en la que se ve distintamente acomodada una bellísima y elegante dama.

Es la baronesa Margarit, a la que le una vínculo de parentesco.

Apenas puede escucharse se dirige hacia ella, a la que saluda, y besa caballerosamente la mano, exclamando:

— ¡Bastara la expresión de mi placer, como siempre que puedo admirarla!

— Gracias; empezaba a temer que no tendría hoy la dicha de escuchar sus lecciones, von Walkstein!

— Dios sabe que soy asiduo concurrente a los salones en que aparecen las mejores damas.

— Siempre el mismo solterón enamorado de todas.

— ¿Y su esposa? ¿No ha venido?

— No, señor; ha tenido que ausentarse por algunos días para complimentar a una misión diplomática — explica Margarit con melancolía.

— ¡Ah! la diplomacia exige sacrificios.

— Demasiados! — suspira la baronesa, tristemente.

— Pero a las damas toca sacrificarse a su vez. ¡Sufra, Margarit, o nos fallará la luz esta noche! ¡Suicidará seguramente cuando se entere de la sorpresa que le reserva!

— ¿Una sorpresa?

Se dispone tío Carlos a contestar, cuando a sus espaldas suena una voz que le hace volver la cabeza con alegría.

— ¡Tío Carlos!

El que acaba de llegar es su arrogante sobrino Eberhard.

— ¡He aquí la sorpresa! — exclama el anciano tío presentando su sobrino a la baronesa.

— ¡Eberhard! ¿Usted?

— ¡Margarit!

Tío Carlos, sonriendo satisfecho deja a los dos jóvenes, que no salen de su asombro feliz.

Por su alegría, por sus miradas y sus palabras entrecortadas y trémulas, se advierte en seguida que no es la primera vez que ambos jóvenes se ven.

En efecto, sus familias están emparentadas. Eberhard y Margarit crecieron juntos, y juntos vivieron, en los primeros años de su juventud, un idilio que sacó sus corazones. Luego la vida les separó, a él para llevarle a la Universidad, a ella para confiarla a la sociedad.

La inevitable crisis que brota de la pesca de sus esencias les salpicó los ojos y revela la huella impercedera que el tierno e inocente idilio dejó en sus corazones.

— ¿Qué es de su vida, Margarit? — inquiere Eberhard mirándole en el recuerdo de aquellos días con dulzura y respeto.

— Ver, Eberhard, yo soy una dama; no en vano he pasado los años. Y usted, ¿ha terminado la carrera?

— Todavía no, pero se terminará pronto y a mi vez me habrá convertido en un hombre. Tío Carlos está muy contento.

— Ya también Eberhard... ¡Cuánto tiempo sin verle!

— Mucho, Margarit. ¿Ha pensado tanto en nuestras esas jornadas? ¿Ha deseado tanto volverla a ver? ¿Se acuerda de nuestras amores en Demnitz?

— Sí; ¿cómo puede olvidarlo?... pero, es mejor que no hablemos de ello, Eberhard — replica la baronesa con dolientes nostalgias.

— ¿Por qué? ¿Fui irreverente?

— ¡Oh! no; es que tengo el alma hipersensibilizada.

— ¿Qué es como decir dolorida, Margarit? ¿No es feliz en su matrimonio?

— Sí... estoy bien, muy bien, Eberhard.

— No; usted sigue tan podrá escondérmelo; bien aprendí a leer las alternativas de su alma a través de sus ojos.

— No me torture Eberhard. Hablemos de otras cosas.

— No pueda ocultármelo... insiste el joven con la ardiente vehemencia con que años antes le hablara de amor.

— No debemos reforzarnos en conseguir la quimera de una felicidad absoluta, Eberhard.

— Quizá no, pero estamos obligados a llenar los vacíos que una ausencia continuada de realidades felices produce en nuestro corazón... ¿Mefano hay un baile esplendoroso en el Metropol, ¿digame que irá conmigo?

— ¡Imposible, Eberhard!; mi situación no es la de antes; estoy casada...

— Es exagerada. Se acabó el tedio, Margarit. Mefano iremos al Metropol, no rehusé... deme la sensación de una realidad preciosa con que sufrí en los años más divinos de mi vida.

Margarit siente las dulfuras de la tentación esparcidas en la horrible soledad de su alma; el ruego de Eberhard es tan apasionado que no tiene fuerzas para proseguir en su negativa y mira al joven en esta forma rendida e

inevitable en que el corazón consiente y se doblega ante todos los dictados y las decisiones de la voluntad.

Dejamos esta escena para trasladarnos un momento al salón de modas.

Sentada en uno de los butacas que se destinan a los clientes que vienen para ver desfilar los feurines vivientes, hay una bella y elegante señorita. Acaba de adquirir un riquísimo vestido de noche, que además junto con su acompañante, un esbaltado como de dieciséis y cinco años, irreprochable y elegantemente vestido.

Este esbaltado es Hansa Hegedorn y es un salterón y-bertino cuya vida descuelga entre faldas y besos.

La dama es una danzadora del Metropol su amante, por supuesto.

La danzadora quiere llevarse el traje consigo, pero Hegedorn, procurando un doble ánimo con Sella, a la que cuenta con excelentes resultados desde algún tiempo, le propone.

—No cargues con el paquete. Vámonos a pasear un poco y sería enojosa. Encarga que te lo traigan mañana por la noche al mismo Metropol.

Es verdad, Hegedorn; que me lo traigan mañana al camerino — siente la artista.

Llegada la noche, Sella, por expresa voluntad de Hegedorn, se encarga de llevar al vestido al Metropol.

Hegedorn la espera a la puerta del salón de modas.

—La acompañaré hasta el camerino, pues los salones son muy intrincados... y luego, si quiere, podrá quedarse en el Metropol y pasar allí la velada como las grandes damas, o bien, si prefiere, podrá ir con mi compañía, a otro lugar más discreto. — cuenta el mujeriego salterón.

El vasto salón del Metropol aparece en todo su ver-sallesco esplendor.

Damas bellísimas centelleo de joyas se mezclan con la densa espesadura negra de los fracs masculinos.

Al fondo del salón, que alumbran nupcias y pro-ciezas lámparas de cristal, aparece una coche gigantesca, que proporciona a la fiesta una sensación legendaria muy a propósito para soñar los sueños y las glorias imposibles de la vida.

Sella, conducida por Hegedorn, llega al camerino de la danzadora para entregarle el precioso vestido.

Hegedorn la espera en el vestíbulo, prometiéndose una noche de glorias.

Dejamos por un momento en paz al pretendido casador de ingenuas y tratémosnos a uno de los pañitos que conducen a los palcos.

Un empleado con jucosa librea avanza por él y deteniéndose ante el número 3, abre su puerta para dar asiento para a las personas. Son Eberhard y Margarit.

El apuesto joven viste irreprochable frac, y la baronesa cubre sus ventanas formos con el maravilloso abrigo que le viene adquiriendo recientemente en el salón de modas.

Ella radiante y al lado de Eberhard respira visible e inevitablemente el júbilo íntimo de ilíquos recuerdos.

—¡Quépidido!, le agradezco el bien que me hace, Eberhard.

—¿Por qué no nos tuteamos, Margarit? ¡Me recordará esto tantas cosas bellas!... ¡Me siento feliz como entonces! ¡Cómo pudimos dejarnos?

—No sé; hablemos de la Besta, Eberhard — replica la baronesa en un brusco asalto de perversidad.

—¡Imposible! Te he llevado aquí para hacerte revivir nuestros antiguos madrigales... para verte sonreír.

—Ya no somos niños; nuestra situación es muy seria. ¡Quiero decir que Stelendarrif no se entera de que he cesado aquí contigo!

—¿Qué ocurrirá?

—Será horrible, Eberhard!

—¿Tanto?

—El esposo es terriblemente celoso... pero, no, no vendrá; se encuentra fuera de Berlín. No puede resistir el que vaya sola a estas fiestas.

—¿No estás sola?

—¡Ya! Esto es lo que me espanta más.

Mientras Margarit pronuncia estas palabras, en la vasta cocinera martineca que conduce a los palcos del otro lado del fastuoso salón del Metropol aparece, subiéndola, una figura que la haría estremecer. Es Stelendarrif, su marido.

Ha querido el diablo que se produjera una variación

en el plan de obsequios a ofrecer a la delegación extranjera, optándose por llevarla al extraordinario baile del lujoso Metropól.

En efecto, al lado de Steidendorff, y contrastando con la monumentalidad común de los asistentes a la velada, se ven la exóticas vestiduras de los delegados extranjeros.

Steidendorff les lleva a un palco que está situado frente al que ocupan su esposa y Eberhard.

Obedeciendo a este impulso marcial que es una mezcla de insinativa de curiosidad y vaga injuria, Steidendorff, de pie en medio del palco, se pone a curiosar, uno tras otro, las del otro lado, en los que aparece un primer inscripciones de elegancias.

En cuanto sus ojos se posan en el palco que ocupan Margarit y Eberhard, se estremece.

—¿Dama que es Margarit? — Pregunta al, sorprendido. — Y está... sí, es un caballero que la acompaña; en tal caso...

Steidendorff no conoce todavía a Eberhard.

Como la distancia que separa los palcos es muy grande, nuestro celoso diplomático, trémulo de pasiones, busca sus espejos de salón.

En este momento, si antes quiso el diablo conducir al rígido y celoso Steidendorff al Metropól para que viera a su mujer, quiere ahora Dios evitar la catástrofe y hace que Eberhard, viendo a Steidendorff, a quien no conoce, mirarla tan insistentemente, diga a la baronesa:

—¿Conoces a aquel caballero? Hace un momento que te está devorando con la mirada. ¿Se sentirá deslumbrado por tu belleza!

Apenas Margarit dirige la vista al palco que le indica Eberhard, se levanta como herida por un rayo, pálida.

—¡Dios mío, esto es incomprendible, horrible! ¡Es mi marido!

—¿Steidendorff? — Inquire Eberhard, alarmado.

—¡Sí! ¡Dios mío! ¿Cómo habrá conocido He de irme; no le conozco tú del palco, ¿cierto?

Margarit sale precipitadamente, dejando a Eberhard solo, en el palco, nervioso y desconcertado.

Mientras tanto, Selle, cumplido su encargo, sale del

carpetón de la danzarina tomando la dirección del vestíbulo en que Hagedorn la está esperando.

Quiere la Providencia que en el momento en que se dispone a entrar en él, Margarit, atribulada, salga para embocar la escalera.

Apenas la baronesa ve a la simpática y sencilla dependiente, que, por supuesto, conoce bien, tiene una idea luminosa, una idea oportunísima e ingeniosa, propia de mujer puesta en aprieto.

—¡Señorita Selle! — llama.

—¡Oh! señora baronesa, vengo de...

—¡Sí, lo supongo! Por favor, Selle, necesito que me ayude, que haga lo que le digo, sin preguntarme nada — la interrumpe Margarit, al tiempo que, quitándose el precioso abrigo, lo coloca sobre las espaldas estupefactas de la dependiente. — Póngase bien el abrigo y vaya, vestida con él al palco número 3. Encontrará allí un caballero; dígame que va de parte de la señora Steidendorff. Esto es todo. ¡Pronto! ¡Gracias! ¡Adiós, Selle!

Expresar el estupor de la gentil y tímida dependiente ante tal hecho, sería imposible.

Habituada a la obediencia, y por otra parte, fiel y leal por temperamento, sin reacción posible, no atina a hacer otra cosa que dirigirse con paso de autómatas al palco indicado por la baronesa.

Temerosa, lenta, con el corazón en suspenso, abre la puerta. Al ver a Eberhard, siente que el suelo escapa a sus pies, que... en fin, está bajo el influjo de un sueño de centientos.

—Señor, perdona... me manda la señora Steidendorff...

—¡Ah! Sí... es verdad — trata de disimular Eberhard, desorientado en el primer instante.

Mas, rápidamente reacciona e imaginándose lo que ha ocurrido, da mentalmente gracias a Dios por la lúcida idea de Margarit.

—¡Síntese, señorita...!

—Selle.

—¡Acomódese... Bien, señorita Selle... Así...

La sencilla dependiente, trémula, pálida, envuelta en el rico abrigo, es más encantadora que nunca.

Eberhard se sienta a su lado, suado, turbado por primera vez en su vida ante una mujer.

¿Qué cosa oscura pasa por el corazón del futuro diplomático? ¿Es que no se quitan del rostro de Belle, la cual mira sonreír con una luz esplendorosa para Eberhard.

La mancha le da una esperada vaga titilante como un punto de luz en esta oscuridad en sus ojos ardientes de su acompañante.

¿Qué noche Dios trajo en este momento se acuerda de que el maduro Hegedorn la está esperando en el vestíbulo.

—¡Oh! ¡Señor...!

—Eberhard.

—Señor Eberhard, perdóneme un momento; vuelvo al instante, estaré de vuelta dentro de un segundo, se lo aseguro.

Y sin esperar la concesión por parte de Eberhard, Belle sale como una cometa y llegando al vestíbulo espera al paciente Hegedorn, paréntesis por la noche sus ilusiones de una noche:

—No me espere más; puede irse. ¡Adios!

Y se vuelve, dejándole con la palabra en la boca.

Durante esta breve ausencia de Belle, Steldendorff, roído por los celos, ha abandonado el palco, dirigiéndose hacia el que ocupa Eberhard, que quisiera solicitar la necesaria vedía.

Nuestro joven, al ser vulnerada la puerta a sus espaldas, vuelve la cabeza encontrándose con la mirada nerviosa de Steldendorff que busca en vano, en el palco a la mujer que viene desde el otro lado.

—Está ocupado, caballero — previene Eberhard, fingiendo con esto tener la brusca e indelicada interrupción por un error involuntario.

Steldendorff se retira sin desplegar los labios, pero con la duda en el corazón.

A los pocos momentos, Belle está de vuelta, más dueña de sí y con la cabeza desbordando ilusiones.

Eberhard al verla otra vez después de tan breves minutos de ausencia siente como si un bicazo de flores volcase su obscuro cargo en su alma llenando en ella, con fealdad, un vacío antes terrible y sangrante.

—¿Acaba en usted amiga de la baronesa? — pregunta a la recién llegada, ya un poco impaciente por esclarecer lo que, sin suponiéndolo, no puede producir.

—Sí, señor... si somos bastante amigas...

El amor es, además de ciego, casi mudo, y al terminar el bello, Eberhard y Belle se han dicho pocas cosas más en lenguaje sonoro que las que han expresado ardentemente y docilmente sus ojos.

El enamorado gana la compañía hasta donde Belle le permite.

—¿Volveremos a vernos, Belle?

—Sí...

—Mañana por la noche la esperaré aquí. ¡Adiós, Belle!

—¡Adiós Eberhard!

Nuestro futuro diplomático queda un instante pensativo mientras contempla alejarse a Belle, que desaparece entre las villas del modesto barrio. Parece más pálido y en su semblante, antes risueño en estos lauces, se adivina que pasa un aliento de vida nueva.

Mientras Eberhard habla con las días desconocidas en el mar de su corazón la borrasca celosa, que bate el alma de Steldendorff arreata y nuestro diplomático, al que el misterio de la dama del palco, que sigue creyendo en su esposa, le ha intrigado y excitado todavía más, improvisa unas excusas para sus impetuosos y se dirige dispersado hacia su casa con la idea de sorprender la ausencia de su esposa, o algún detalle que revele indolentemente que ha estado en el Metropól.

Rígido, erguido y desconchado el severo Consejero de Estado penetra en el domicilio de su mujer.

Margalit se halla en cama leyendo, al parecer, tranquilamente.

—¡Oh! Steldendorff, ¿cerca está? ¡Cuán pronto has vuelto! — exclamó la dama fingiendo una sorpresa que no puede tener.

—Sí — contesta secretamente el diplomático, visiblemente desorientado por la rapidez con que su esposa ha vuelto a casa, si es que ésta era la del palco.

Después de un instante de laboriosa reflexión y embarazoso silencio durante el cual no ha quitado la vista del rostro de Margalit, turbado, inquieto.

—Muy pronto te has acostado.

—Sí, sin ti me aburre; estaba fatigada, triste...

—Y el abrigo de pieles, ¿cómo lo tienes? — inquiere Stendendorff elevando sus ojos en los de Margarit con un centelleo de triunfo al comprender que ha hallado en el momento de su mayor turbación la trampa en que ha de caer su esposa, si es culpable.

—La he devuelto al salón de modas para un arreglo. En casa de desalta que me resolverán pronto — replica la baronesa sin vacilar.

Y añade, hábil, para interceptar la corriente fantástica de dudas de su esposo.

—Pues pienso sacarlo en la velada que celebraré el día Carlos el próximo viernes, a la que ha venido a invitarnos.

Stendendorff sale de la estancia con la misma duda que cuando entró, roído por los celos y dispuesto a no cejar hasta haber aclarado el enigma de la dama, que, llevando el rico abrigo de su esposa vió en el pulcro acompañada de un caballero.

Al día siguiente, Eberhard y Belle vuelven a verso, refugiándose en un modesto café.

La joven está radiante, se ha acicalado con un primor coquetón que fascina, y esto sin transponer el límite en que su proverbial y divina sencillez pudiese sentirse adulterada.

Eberhard no logra quitar de ella su mirada soñadora desde el instante en que se han sentado, frente a frente, en una discreta mesa del establecimiento.

—Ha estado pensando continuamente en usted desde que nos despedimos, Belle.

La joven mira a su gacén y no tiene fuerzas más que para sonreír.

—No siento otro... ¡quiero ser otro! Usted es milagrosa... milagrosa, sí, Belle; y también un poco misteriosa...

—¿Misteriosa?

—Así la veo. Todavía no sé nada de usted...

—Eberhard, quizá he sido imprudente, o demasiado precipitada, o excesivamente egoísta... Un abismo nos separa. Yo no soy una gran dama como usted supone, sino

una sencilla dependiente del gran salón de modas — confiesa Belle bajando los ojos con rubor.

—¿Y bien? Me siento feo; ahora ya sé a quien amo. Belle mira a Eberhard como si despertase de un sueño. Al salir del café, Eberhard, acompaña a su amada hasta el pie de su casa, una humilde casita de un barrio modesto.

—Soy pobre, Eberhard, ya ve. Mi madre es Joditha, así ayuda a engrosar mi sueldo y logramos vivir sin tropiezos.

—Me gusta su casita, Belle... ahora ya la conozco; me gusta como en ¡Adiós, Belle!

—¡Adiós, Eberhard!

Al día siguiente, nuestro enamorado joven al repasar mentalmente los hechos del día anterior se da cuenta de que en la turbación emocional de la despedida se distrajo de dar a Belle día para nueva cita, y con la irreflexión propia de los enamorados manda a uno de sus criados al gran salón de modas con una carta para la joven con la orden de esperar contestación.

El doméstico se paraca en el lujoso establecimiento, entregando el pliego a la muchacha.

Eberhard la invita a asistir a un baile para el día siguiente.

Belle, que en su ilusión encantada comienza a experimentar el lehor inevitable de que por consecuencia de las profundas diferencias sociales que la separan del hombre, a quien ama ya con toda la fuerza de su corazón, su idilio pueda verse un día truncado en flor por un tratado de ventilación.

Finalmente, la fuerza de sus sentimientos vence y confiesa a Eberhard que irá.

Apenas el criado ha salido del establecimiento llevándose la feliz respuesta, el director del salón, hombre de pocos amigos y mucha fiebre de negocio, que ha estado observando la escena se acerca a Belle, reprensivo.

—¿A qué ha venido este hombre?

—No tiene importancia.

—Belle, hasta ahora se ha portado usted con una seriedad y distinción ejemplares, pero desde algún tiempo observo en usted algo extraño que me desagradó. Me dis-

gustaría tener que volver a insistir que soy poco amigo de las intrigas de mis empleados.

Belle no ha faltado a la cita, en la que las Flores del amor han derrochado raudales de felicidad.

Así llega el viernes, día que el tío Carlos tiene señalado para la recepción.

Como es habitual, asiste Margarit, y esta vez coincidido, excepcionalmente, con la disposición de su marido la vemos llegar acompañada de él.

Su atención atraída todavía la asiste por las de su acostumbrada duda que los ojos evadan de alimentar con nuevos acontecimientos. Se le ve desconfiado y vigilante como una aludida de su honor.

Tío Carlos lee recibo con alegría distinguiéndose con preferencias de Parmenisco.

— ¡Al fin voy a parecerle Juan! — exclama.

— alguna vez más que ser — replica Margarit esforzándose por disminuir la ebullición que invade su corazón.

En este momento llega Sobernado, sonriente y feliz, pues acaba de verse con Belle.

— ¡Ah! Aquí está Sobernado. Ha sido capaz de llegar con puntualidad — exclama el tío Carlos. Y añade seguidamente, acercándose a Steindendorf con su sobrino. — Señor Steindendorf, según el gusto de presentarle a Sobernado, mi sobrino a quien usted no conocía todavía.

Apenas el conde mira sus ojos en Sobernado se es- tremece, murmurando un constante escaradoteo.

Margarit también.

— Diga que le he visto antes de ahora — declara desafiador, el diplomático.

— Sí, es posible — replica Sobernado valientemente y agitando la cabeza insolente de Steindendorf sin pensar. — Tal vez a mí me parece haberlo visto antes, aunque no puedo precisar cuándo.

— En el extranjero — afirma Steindendorf alzando sus pupilas ceceosa para de nuevo en Sobernado el resaca de su suposición. — Lo he visto, creo que se encontraba antes acompañado de una elegante dama...

Tío Carlos, que está lejos de sospechar la causa de tal insistente y extraño diálogo, media con su donosidad de

soberón feliz sin pensar que con sus palabras va a agriar y a agudizar la viva herida del conde.

— ¡Sería algún antiguo amor...!

— No, esta vez no era un antiguo amor — replica con firmeza Sobernado, clavando sus ojos en los de Steindendorf. — era uno nuevo.

Serchamente Sobernado besa la mano a Margarit que respira con satisfacción.

Steindendorf ha leído tal sinceridad en la afirmación del joven que su rostro vuelve a la luz de la confianza en su asno, firmando así la volada felicidad.

Hemos llegado a la mañana del día veinte y nos encontramos en el gran salón de modas.

De pronto Belle es llamada al teléfono. Como de costumbre, quien la requiere es Sobernado, enamorado perdido, que no vive más que de su pensamiento.

La llama para insistirle a un hora aquella misma noche, con que Belle acepta sin vacilación de su amor ardiente.

Cuando sale del teléfono el director la espera ya intrigado.

— Está usted empeñada en tornarse misteriosa a mis ojos. Lo ignoraré y habrémos terminado.

Belle comprende que ha caído en una trampa delgada de su vida. Mil dudas acompañadas le asaltan: las diferencias sociales son su enemiga, el peligro de perder el empleo...

Sin embargo, apenas llega la noche, acude puntualmente a la cita.

Los dos jóvenes se sientan en una mesa discreta del salón.

— ¡Béblame, Belle! todo el día he estado esperando este instante para verte pocas veces.

— Soy feliz, Sobernado, no podría decirte más cosas... el esto te sabe a dulzura...

— ¡A ambrosía, Belle!

— Pero, tengo miedo...

— ¿Miedo?

— ¿Estás seguro de ti mismo, Sobernado?

— ¿Por qué hablas así, hoy?

— Quizá seamos un poco irreflexivos... Yo soy una dependiente, tú eres un aristócrata... Algún día te verás obli-

le ocurre y que permita salvar el nombre de la baronesa y de su amigo Eberhard.

—¡Oh señor Staldendorff, perdóneme, no pude resistir la tentación y la primera vez que la señora baronesa trajo al baile en vez de llevarlo al taller me lo puse para asistir con un amigo mío al baile del Metropol.

Staldendorff sonrió malicioso. Poco puede suponer que Belli se juega su pristina reputación para salvar la de su esposa.

En cuanto a la generosa dependiente tampoco llega a sospechar que con su insipiente, pueda a prueba por primera vez en su vida, acabar de retornar la completa confianza al corazón atormentado del coloso diplomático.

—Es esto verdad? — pregunta Staldendorff con alegría. — ¿Qué sucedió la que estaba en el palco en la noche del baile con el amigo de mi señora?

—Sí señor.

—¡Cielos!

Y así exclamando Staldendorff sale del establecimiento sintiendo la mayor felicidad de su vida.

Deleita al conde de Estada con su de la calma de sus celos y trasladándose al modesto hogar de Belle.

La madre de la joven habiendo observado en ésta desde el día mismo un profundo cambio en sus sentimientos le pregunta cuál le ocurre. Al enterarse que tiene relaciones amorosas con un aristócrata le aconseja dolorida:

—Hija mía, el amor es una quimera. Entre las cosas que son leídas por las niñas en la sociedad hay una que horroriza a los hombres por encima de todas y es la de que se aproximen y se mezclen dos razas separadas por diferencias de dinero.

—De que me ama con locura, madre!

—Eso es lo peor que está loco y no es dueño de sus actos. Te lo digo por tu bien, hija mía.

Al día siguiente, como de costumbre, Eberhard y Belli se encuentran para hablar de sus amores.

Escucha todavía en el espíritu de la joven el eco triste de las prudentes palabras de su madre, cuando Eberhard le dice:

—Mañana no podremos vernos, bella mía, hay una fiesta en el Trecadero y estoy obligado a asistir.



¿Qué cosa extraña pasa por el corazón del futuro diplomático?



La buena madre entra en la habitación de Selle cuya cabecita ...

Selle siente como una puñalada en el corazón.

—En esta bella habitación, querida, ya para nosotros está preparada en el futuro, el gabinete del gran marido, ¡cuántas cosas me vienen a la memoria que ya pocas recordaré!

—¡Cada día, con estas palabras de consuelo! ¡Eh, no te olvidas de mí! ¡Eh, no te olvidas que cuando te acuerdes que no me agrides por mi voluntad, sino "obligado"?

—Sí, de lo cual, esta vez, me acuerdo antes de dudar. Querido, la presento, aquí está el caprión tuyo de la cocina, de la hospitalidad, ¡la cosa grande y yo pequeña!

—¡Cállate niña...! No, Selle, ¡no más! Te adora! ¿No de jóvenes de rodillas ante ti mujer, y niños, y niños? Toda la vida me voy así ante tu pié, auténtico altar. Mi amor real, se lo puedo dejar, no te dejaré, de verdad, lo sé bien, Selle mía.

Alcornoque no vuelve a las primeras horas de la tarde del día siguiente le vemos en el "gabinete de gobierno" vestido.

En tanto que está por ausencia de su hijo Carlos, quien permaneciendo en su habitación en contacto con la nobleza de la casa, aprovecha estas oportunidades para estudiar; y la del Alcornoque, en la del hijo de ella, ya que en contacto, íntimo y silencioso, no puede hablar a la aristocrática lengua.

En un día de verano, el hijo Carlos y a Margarita.

—¿Margarita? — ¡Margarita la baronesa!

—No te acuerdas de cuando me vió y Venura. ¿Quieres aprovechar la ocasión para obligarme a entrar en contacto con la nobleza aristocrática... ¡Ah, qué la nobleza!

En efecto, la joven aristocrática viene a quedarse en el cuarto y a Margarita por "querida".

A los pocos minutos, y cuando la presencia se ha retirado ya para ir a hacer su trabajo, Margarita dice:

—Margarita, ¿cómo estás? — ¡Buena, respetuosamente!

—¡Buena buena! ¡Buena buena! ¡Buena buena! — se excusa en no estar de acuerdo a su marido porque del hecho habla las aristocráticas en que nada de desaparecer la conciencia de ella.

En y estando escuchando a la aristocrática de hablar a casualidad.

—Eva, es mi deseo que instruya usted bien a este futuro diplomático — presenta el tío Carlos, al tiempo que se reanuda.

La condesita, naturalmente, conoce a Eberhard, el cual no le disgusta, aunque no es capaz de fomentar amorosidad, pues sus múltiples ocupaciones de mujerzuela moderna no le dejan tiempo para ello.

—¡Lo quiere muy poco, Eberhard!

—¿Ocupaciones!

—No se olvide de que el papa de un diplomático se juega en sociedad y no en soledad.

—¡Ay, ay, ay, no lo olvidaré.

De un salto, súbita, casi despreciativa, la condesita monta a caballo, exclamando:

—Es usted descorchada y olvidadiza, pero para usted, Hebe, luego, Eberhard.

Nuestro simpático joven va a jugar a Eva con satisfacción. Necesita reconocimiento y soledad para embobarse en el recuerdo de su amada Beile.

Staldendorff visita a tío Carlos para solazarse, troveñable, exclamando de los hombres, ahora que ya se encuentra completamente asegurado, en la crítica del enamorado Eberhard.

—Su sobriño no me parece todavía muy equilibrado para entrar en el mundo diplomático. Anda listo todavía en muchos asuntos que no son precisamente la honra de la familia.

—No lo crea, Staldendorff, Eva Kressel lo tiene dominado ya. Eberhard la ama y se casará con ella. Después de este matrimonio vendrá el sosiego.

—Aguarden más que Eva Kressel juega en el escenario de su escenario, vea Carlos — insinúa Staldendorff con toda picardía.

—¡Ficquiqua!

—Vigila a Eberhard. Me consta que tiene frecuentes entrevistas con una dependienta y que fué con ella al baile del Metropol. Eso cuando poco a un barón.

—¿Con una dependienta?

—Si la encargada del gran salón de moda — afirma Staldendorff.

Aquel mismo día, tío Carlos, indignado, se presenta en casa de Beile.

Ya comienza a persuadir a la joven que debe renunciar a sus amores con Eberhard. La voz de su sangre resalta en él y no puede resistir.

La historia de su tío, tío Carlos entra en la habitación de Beile con decisión combativa, más, en cambio ve a la joven se siente arrebatado por su belleza y su dulzura y abraza los brazos. Tío Carlos es todo tranquilidad y por poco se abandona a ella en la casa sin entregar los libros dejados en su mesa como usual, pero ya es demasiado y debe llegar hasta el fin.

—¿Beile... ya quisiera que usted llegara a comprender todo esto... es para mí el único consuelo a romper el encanto de sus amores... pero, es imposible, usted ama a Eberhard, ¿verdad?

—Sí, lo amo con toda mi alma — declara enternida Beile, presentando una catástrofe.

—Amor es eso, Beile; si lo ama de verdad ya le suena que no insinúe en el camino, que no permita que sea una vergüenza para nuestro hijo. Ojalá, Beile... no venga a pensar nada más.

—¡Beile! ¡Beile! ¿Lo halla usted, puesto en mi situación, si alguien se le parece? — pregunta la joven, atendida por el dolor.

Tío Carlos siente un nudo en la garganta que le impide articular al momento.

Intenta de pronto a las razones; no nos tentaremos en figuraciones ni invenciones — puede replicar, al fin. — El amor es que nosotros no se casará en el camino y no de ser un diplomático. Si se casó con usted lo persuadirá todo: fortuna y pericia, Beile, ¿verdad que le desahogará? ¡Hágalo por su bien!

—Sí, lo hace — pronuncia la joven en un trágico suspiro.

Aguanta tío Carlos ante de la estampa, Beile frunce su delicata boca en sus manos tembloras, convulsionada por amargo llanto.

Por su parte, el tío Carlos, no puede doloroso, al pasar

por el conde, en donde la madre de Sella espera el resultado de tan dolorosa visita, le dice:

—Venid, vaya al lado de su hija, que la necesita.

La buena madre entra en la habitación de Sella cuya presencia acerca momentáneamente a su regazo.

—Hija mía, ¿qué te pasa?

—¡Madre, quéte morir! — susurra la joven.

—¿Ago sobre ti Eberhard?

—¡Sí, no puede ser más!

—¡Pobrecita mía!; se lo averé. Ahora es ya demasiado tarde para tu corazón.

Tío Carlos, apenas llegado a su casa, hace comparecer a Eberhard.

—Estoy enterado de tus amores con Sella y espero que no te olvidaras en destrozar tu vida — le dice.

—No es caso de que bucco, no; precisamente se trata de dimitirle con un hogar.

—Y eso es bueno, sobrino mío, pero con quien pueda ofrecerte sin vergüenza,

¿sin vergüenza?

—Esto es.

—No puede haber vergüenza en mi matrimonio con Sella.

—Obede haberla, por cuanto ella ha renunciado ya explícitamente a ti.

—¿Sella ha renunciado? ¿No puede ser!

Y sin esperar contestación, Eberhard se dirige a casa de su enamorada.

—Sella, ¿verdad que es una infamia lo que me acaba de decir mi tío?

—No, Eberhard, es la pura verdad.

—¿Es posible? ¡Sella! Si temas nuestras diferencias sociales ya puedo reiterarte la verdad de mis juramentos con un hecho decisivo: huir contigo.

No, Eberhard. Demoslo todo por terminado; tú continuarás tu vida de grande y yo seguiré siendo una dependiente. Todo habrá sido un pasatiempo.

—¿Un pasatiempo! ¡Debió haberle supuesto! No me has querido nunca y por añadidura presentase apuntarte una victoria jugando con un aristócrata desde tu humildad. ¡Adiós!

Eberhard abandona la casa desesperado, con el propósito de no volver a pisar su suelo, y Sella busca un consuelo imposible en el llanto que la ahoga.

Mientras para este borrasca destructora en el cielo de los dos enamorados, en casa de Margarita ocurren hechos trascendentales.

La condesita Eva Kraus se encuentra en ella visitando a la baronesa, a la que le una fiel amistad.

Las dos mujeres están hablando de sus cosas cuando entra Stalendorff en el salón. En este momento Margarita sale para ir a buscar a otra habitación alca nos ha prometido entregar a su amiga.

Eva y Stalendorff quedan un instante solas y la condesita, con la idea de ofrecer una justa bronca al marido de su amiga, exclama con la mejor buena fe.

—Margarita estaba monísima con el obispo el otro día!

—¿Dónde la vió usted?

—En el Metropolitano. ¡Fué la adoración de todo el mundo!

—¿En el Metropolitano? ¿Está usted segura? — Insistiere Stalendorff acercando la frente y escuchando la gema de los celos interrumpirle al corazón.

—Claro: yo estuve allí también!

Stalendorff no puede aguantar ni un segundo más y se dirige al gran salón de mesas mirando hablar con la señorita Sella.

—Señorita, venia decidido a escuchar de sus labios la verdad definitiva sobre el misterio de los rebulones del obispo de mi esposa, porque he sabido que la mujer que la visitó en el Metropolitano no era usted.

—¿Cómo que era yo.

—Miente, me consta. ¡Diga quién era! ¡Usted lo sabe!

—Era yo, nadie más que yo — insiste, estolca, la dependiente.

—Hablaré a la dirección sobre sus intrigas y será despedida por deshonorar la casa.

—No puede decirle nada más. Hable con la dirección si esto ha de satisfacerle.

Stalendorff convencido de que será inútil cuanto insista y no pudiendo dominar el aguijón de los celos, habla al director revelándole todo.

Sella es despedida, pero, ni una sola palabra sale de

su generoso corazón que, privado de libertades al de Eberhard hacer en el mundo casado y en el heroísmo los gustos modernos por donde caminar.

Staldendorff, ya seguro a partir de la negativa de la dependiente, de una en esposa, estuvo en el Metropol con Eberhard, saliendo de la casa de modas de *Dirige d'Orléans* al momento del levantamiento al que afan su conducta, desafiándole por evitar la prueba con honor.

Eberhard recibe obediencia por su propia esposa delgada por la intensa tristeza que este suceso para la buena de Margareit.

La nueva del próximo duelo ha traspuesto los muros de la cámara en que se concertó y una amistad de Belle que se ha enterado cuenta a la dependiente el próximo acontecimiento.

Belle desprecia suena en intento de liberación de miseria y abandono ante el peligro que corre Eberhard, al que viene amando con toda su alma y telefónica rápidamente al tío Carlos enterándole del desafío.

Muchos hombres al que la dependiente no se ha olvidado de contar todas las vicisitudes del drama, se proponen evitar el desafío y va a visitar a Staldendorff.

—No se desafiara Staldendorff, porque es inteligente y sabe que esta situación la ha determinado usted mismo con su carácter adusto y su abandono a Margareit.

—Yo sólo sé que Eberhard fué al Metropol con mi esposa!

—Sí es verdad pero para evitar que su prima se muriera de tristes, pues cada vez que usted se marcha se convierte en una verdadera dolencia. Pero, ¿no ha advertido también que su esposa está loca por usted, que la ama, que sufre cuando le deja ir, y un fin, que es usted un chiquillo, Staldendorff?

El tío Carlos ha dado con el motivo al decir al consejero que Margareit lo ama con locura. El rígido diplomático, balanceando en su amor propio y en su vanidad, retira el desafío, exclamando:

—Tío Carlos, le quedo en sencilla deuda de gratitud por haberme abierto las puertas de la dicha conyugal.

Acto siguiente, nuestro empalmeado salterón se dirige

al encuentro de Eberhard al que tras breves forcejeos disuade a su vez del desafío.

Cumplida su delgada y difícil misión el anciano se acerca a la chimenea, y tomando un par de cigarras entrega una a su sobrino llevándose el otro a la boca.

—Fumemos el cigarro de la paz — dice.

—Eres un excelente diplomático, tío. Tu obra es de un mérito indiscutible.

—Otras méritos hay superiores al mío, como el de Belle, por ejemplo — explica el tío Carlos como quien dice la cosa más indiferente del mundo.

—¡Selle! ¡Eh, detesto! No me hables de esta mujer! ¡Ha fumado conmigo como con un cachorro!

—¡Eh! ¡Cállate, estúpido! No sabes que es la criatura más generosa que pisa la tierra, que es un ángel de sacrificio?

—¿Cómo? ¡No dices...?

—Sí, no he dicho, pero, voy a decir: que fué ella quien me enteró del desafío que proyectaba emprendere con uno que se llama pregado en la tierra a través del teléfono que le avisara, que es como decir que estera tu muerte...

—¡Tío... es increíble! ¡Me parecías que le dá las gracias?

A un signo afirmativo del tío Carlos, Eberhard arrebató materialmente el auricular del teléfono llamando a la casa de modas.

—¡La señorita Selle!

—No trabaja aquí desde hace algunos días — le contestan.

Eberhard cuela el teléfono, y exclama, nervioso.

—¡No trabaja ya en el salón de modas! ¿Qué habrá ocurrido?

—¡Naturalmente! ¡Ha ocurrido, sencillamente — contesta en uno de sus ataques fuertes, el tío Carlos, y convertido en palabra esforzado de la causa de la desgraciada Selle — que la despidieron por chiflarse en negar que Margareit estuvo contigo en el Metropol con el fin de salvar su nombre y el tuyo!

—¡Tío, esto es sublime! ¡Selle ha de ser mía! ¡Una

eratura así no volveré a encontrarla nunca! Oh! No, ¿verdad que de las que son raras?

—No! Un diplomático no puede entropiarse con tantas diferencias al muy.

—Puedo abandonar la carrera diplomática! ¡No será tan monstruosa!

—No! — contesta por segunda vez el anciano resistiéndose a recibir sus arroyos de mundos de la tradición con tanta facilidad.

Foto volubilidad de espaldas a Ebechard, que está anormalmente pendiente de sus decisiones, reflexiona un instante. Luego decide: ha descubierto el alma de su amado secreto. Una vístaga de los Camareros y Santa orgullo. Enarandose otra vez con él refutiva con gracejo.

—¡Sí, ve y vuelve pronto respóndame a esta divina criatura!

Ebechard sale glorioso y momentos después estrecha entre sus brazos a Belle, y corre lágrimas de felicidad más un beso enarandoso.

—¿Qué haréis mi esposa y lo cumpliré!

Belle no tiene ya aliento más que para rendirse al dulce infante de su amado.

F I N

Editadas

- * Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne
- * — 2. *El desfile perdido*, por Buck Jones.
- * — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
- * — 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert y Jan Kiepura.
- * — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
- * — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
- 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
- 8. *La tumba india*, por La Jana.
- 9. *Mañecas infernales*, por Lionel Barrymore.
- 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
- 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
- 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
- 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
- 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschekowa y Kari Diehl.
- 16. *Morir con honor*, por Buck Jones, Edward Keene y Fred Kahler.

* Agotadas.

En preparación

- El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
- El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Jansen.
- La éxcentrica*, por May Robson.

PUBLICACIONES CINEMA

PASEO SAN JUAN, 91
BARCELONA

N.º 17

